

Herbert Marcuse: una biografía intelectual

Rosendo Bolívar Meza*

Para Katy y David

*Sólo gracias a aquellos sin esperanza
nos es dada la esperanza.*

Walter Benjamín

LA ESCUELA DE FRANKFURT.
A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Herbert Marcuse es considerado, sin lugar a dudas, como el máximo exponente y punto culminante de la Teoría Crítica, la teoría empleada por la llamada Escuela de Frankfurt.¹

La Escuela de Frankfurt es el término con el que se conoce a un grupo de hombres interesados en teoría social y formados en escuelas diferentes, pero que comparten la idea de retomar el marxismo con el propósito de elaborar una crítica de la sociedad existente, a partir de distintas disciplinas. A la Escuela de Frankfurt, conocida inicialmente como Instituto de Investigación Social, pertenecen pensadores como Herbert Marcuse, Erich Fromm, Max Horkheimer, Theodor Adorno, Leo



* Profesor investigador del Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos "Ricardo Flores Magón" del Instituto Politécnico Nacional.

Lowenthal, Friedrich Pollok, Franz Neumann, Jürgen Habermas, Walter Benjamin, Karl August Wittfogel, Sörgel, Grossmann, Félix J. Weil y otros.

Uno de los antecedentes históricos más importantes del surgimiento de la Escuela de Frankfurt es que, a partir de la Primera Guerra Mundial, su gran impacto entre los intelectuales de Europa Central el desplazamiento del centro de gravedad socialista hacia el Este; esto se manifestó, ante todo, en el éxito de la revolución bolchevique.

Otro antecedente importante es la implantación de la República de Weimar en Alemania, de 1918 a 1933, año en que llega Hitler al poder. En este periodo, a los marxistas les quedaban dos caminos: apoyar a los socialistas moderados del Partido Social-Demócrata Alemán de la recién creada República de Weimar, o alinearse al liderazgo de Moscú, lo que significaba apoyar a un partido comunista alemán de estilo bolchevique. Tal hecho fue importante para entender por qué los integrantes de la Escuela de Frankfurt se sintieron más comprometidos con la teoría que con el partido.

La Escuela de Frankfurt tiene como principal objetivo innovar la teoría y llevar a cabo investigación social independiente. Uno de los antecedentes más inmediatos a su creación fue la celebración de la Primera Semana de Trabajo Marxista en 1922, que tenía el propósito de que distintos estudiosos marxistas pudieran arribar a una teoría menos ortodoxa. Entre los participantes esta-

ban Georg Lukács, Karl Korsch, Richard Sorge, Friedrich Pollock, August Wittfogel y otros. La creación oficial del Instituto, llamado también Escuela de Frankfurt, tuvo lugar el 3 de febrero de 1923, por un decreto del Ministerio de Educación de Alemania y un acuerdo con el Instituto de Investigación Social.

A fines de la década de los años veinte se incorporan a la Escuela de Frankfurt dos intelectuales que tuvieron mucha influencia en los años sucesivos; ellos eran Leo Lowenthal y Theodor Adorno, quienes ampliaron la temática de sus estudios al introducir los temas de autoridad, familia, ideología, literatura, estética y cultura. Posteriormente, con el ingreso de Erich Fromm en 1932, se incorpora el estudio del psicoanálisis.

Este mismo año ingresa otro nuevo miembro, Herbert Marcuse, quien más tarde se convierte en uno de los principales arquitectos de la Teoría Crítica. Debido a su excelente formación en filosofía, se convierte en uno de los más afanosos estudiosos de Hegel. Escribe la *Ontología de Hegel y Razón y revolución*.

El desarrollo de la Escuela de Frankfurt se vio obstaculizado con el ascenso de los nazis al poder en 1933, ya que se trataba de una organización declaradamente marxista y en la que trabajaban casi exclusivamente hombres de ascendencia judía. En marzo de este año el Instituto fue cerrado porque, según los nazis, tenía tendencias hostiles al Estado. Tal hecho dio lugar a la dispersión de los miembros del Instituto; algunos

emigraron a Estados Unidos y otros a Inglaterra, Francia y Suiza.

A partir de 1933 el Instituto empieza a buscar una nueva sede. La filial que tenía en Ginebra no pudo ser considerada como un centro permanente, ya que el fascismo realizaba grandes progresos en Suiza y también ahí nuevos peligros lo amenazaban. Se vio la posibilidad de establecerlo en Londres y luego en París, pero en ninguno de estos lugares se pudo concretar, ya que las oportunidades para los investigadores refugiados que comenzaron a huir de Alemania en 1933 eran bastante limitadas allí. La única posibilidad real que quedaba eran los Estados Unidos. En este país les dieron parte de los terrenos de la Universidad de Columbia y un local de sus edificios para instalar las oficinas del Instituto.

Fue así que en 1934 el ya para entonces Instituto Internacional de Investigación Social, conocido también como Escuela de Frankfurt, que nació con ideas marxistas y revolucionarias, vino a instalarse en el centro del mundo capitalista, en la ciudad de Nueva York. Marcuse y varios de sus compañeros fueron los primeros intelectuales refugiados que llegaron y enriquecieron la vida cultural norteamericana de las décadas posteriores.

Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, algunos de los miembros del Instituto regresaron a Alemania, quedándose en Estados Unidos los más destacados, como Marcuse, quien junto con Horkheimer y Adorno reformula-

ron el marxismo tradicional a través de lo que se conoce como Teoría Crítica.

LA TEORÍA CRÍTICA

La Teoría Crítica² se elaboró en oposición a sistemas filosóficos como el positivismo, y hace un intento de adaptar la teoría a la realidad social cambiante. Se puede afirmar que sus orígenes se remontan hasta 1840, la década más importante en la historia intelectual alemana del siglo XIX, ya que a partir de entonces los sucesores de Hegel aplicaron por primera vez sus enfoques filosóficos a los fenómenos políticos y sociales de Alemania.

Después de la muerte de Hegel (1831), sus seguidores se dividieron en dos corrientes: los hegelianos de derecha y los hegelianos de izquierda. Los primeros desarrollaron las posiciones más conservadoras de Hegel, sobre todo en lo referente a la religión, mientras que los segundos desarrollaron las posiciones revolucionarias del maestro, principalmente en la aplicación del método dialéctico a la comprensión de la realidad, vertiente dentro de la cual se ubica a Marx y a Engels.

La corriente hegeliana de izquierda no fue recuperada por los propios marxistas hasta después de la Primera Guerra Mundial, sobre todo por Karl Korsch en su libro *Marxismo y filosofía* y por Georg Lukács en *Historia y conciencia de clase*, textos que contribuyeron a recobrar la dimensión filosófica del marxismo.

Marcuse, quien llevó a su punto culminante la Teoría Crítica, fue en este momento influenciado por Husserl y Heidegger, de cuyas ideas posteriormente se alejó, como lo demuestra en su libro *Ontología de Hegel*. Marcuse se interesó inicialmente por Hegel, así como por los *Manuscritos económico filosóficos* de Marx y Engels.

La Teoría Crítica, afirmaba Marcuse, es menos ambiciosa que la filosofía tradicional, ya que no se cree capaz de dar respuestas permanentes a las preguntas eternas de la condición del hombre.

Para Marcuse, la Teoría Crítica concibe a la razón como la más alta potencialidad del hombre y de la existencia; la interpreta como la crítica o negación de lo dado y proyecta una alternativa. Al igual que la filosofía, la Teoría Crítica marcuseana es analítica, crítica y especulativa y se basa en la sociedad y en la historia. Coloca al hombre en el centro de la teoría, lo considera como el ser más elevado de la tierra y se preocupa por su bienestar terrenal. En otras palabras, la Teoría Crítica en Marcuse aparece motivada por un interés emancipatorio y tiene por objetivo explorar una forma de vida digna para el hombre y los medios para alcanzarla (Parekh, 1982: 99-100).

La Teoría Crítica es muy diferente de la teoría tradicional, ya que su objetivo no es la formulación de principios generales que sólo describan al mundo sin intentar transformarlo. La Teoría Crítica ante todo, tiene como objetivo el cambio social; considera a la teoría

como una guía para la acción. La Escuela de Frankfurt, a través de la Teoría Crítica, presentó una innovación teórica para interpretar y transformar la realidad, asumiendo una actitud frente a la cultura y la ciencia, y lanzó una propuesta política en función de una reorganización de la sociedad.

ETAPAS DEL PENSAMIENTO MARCUSIANO

Herbert Marcuse nace en Berlín en 1898 en el seno de una familia judío-alemana. Muere en 1979 en la República Federal Alemana. En su juventud milita en el Partido Social-Demócrata Alemán, el cual abandonó en 1919 tras el asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Cursa sus estudios universitarios en filosofía en la Universidad de Friburgo, siendo alumno de Husserl y de Heidegger.

En 1930 participa por primera vez en el Instituto de Investigación Social (Escuela de Frankfurt), junto con Horkheimer, Pollok, Lowenthal, Erich Fromm, Franz Newman y Theodor Adorno, entre otros. Se integra definitivamente al Instituto en 1933.

En 1932 publica su primer libro: *Ontología de Hegel*, con el subtítulo de *Teoría de la historicidad*, rompiendo definitivamente con el pensamiento filosófico de sus maestros. En 1933, tras el ascenso de Hitler al poder, se exilia en Ginebra y después en Francia. Es en 1937 cuando se establece definitivamente en Estados Unidos junto con Adorno, y empieza a estudiar a Freud. En 1941 adquiere

la nacionalidad norteamericana y publica *Razón y revolución: Hegel y el nacimiento de la teoría social*.

Una vez establecido en Estados Unidos vive su época de mayor productividad intelectual. En 1951 es contratado como profesor de filosofía en la Universidad de Columbia y para 1953 publica *Eros y civilización*, en donde se entrevé la influencia de Marx y de Freud. En 1958 escribe y publica *El marxismo soviético*, criticando la desnaturalización del pensamiento de Marx en la Unión Soviética, y en 1964 publica *El hombre unidimensional*, que es un ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada.

En 1965 es profesor de filosofía política en la Universidad de Berkeley, en San Diego, California; a partir de este año se le empieza a considerar como uno de los ideólogos del movimiento estudiantil americano y europeo.

En 1967 escribe *El final de la utopía*, un ensayo sobre el poder de contestación de las minorías en las sociedades del capitalismo avanzado. En 1969 se publica *Ideas para la teoría crítica de la sociedad*, que ya contiene las ideas centrales de lo que es la Teoría Crítica. En 1972 escribe *Contrarrevolución y revuelta*, en donde hace un balance de la política desarrollada por los movimientos estudiantiles (Marcuse, 1985: VIII-X).

Hay factores sociopolíticos cambiantes que inciden en el pensamiento de Marcuse, los cuales nos ayudan a entender sus distintas etapas de pensamiento. La época que le tocó vivir fue

caótica y llena de convulsiones sociales, como fue el caso de las dos guerras mundiales y el terror del nazismo en su país de nacimiento, el cual lo llevó a la emigración.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Europa se dividió económica, política e ideológicamente en países del Este y del Oeste, es decir, en el bloque socialista y en el capitalista, hecho que se palpa claramente con la construcción del muro de Berlín. El socialismo se expandió no sólo por Europa sino también por Asia, donde China realiza su revolución socialista bajo la dirección de Mao Tse-Tung en 1949, y alcanza cierta independencia de la Unión Soviética. Otro ejemplo es el de Cuba, en el continente americano, en 1959, que tiene una gran importancia ya que se da a unas millas de Estados Unidos, el país capitalista más avanzado y desarrollado del mundo. Por otro lado, en Vietnam se desarrolla una guerra entre capitalismo y socialismo que se realiza en un tercer frente de batalla, como producto de una lucha ideológica que para muchos constituye la tercera guerra mundial.

Los medios de comunicación masivos tienen un fuerte desarrollo a partir de la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en uno de los elementos más importantes para la manipulación del individuo. Se vive también una revolución científico-tecnológica que se expresa en un sofisticado proceso de industrialización, la cual produce una nueva ideología y una nueva forma de comportamiento del hombre que es la sociedad

industrial desarrollada, objeto de estudio de *El hombre unidimensional*.

De acuerdo con el estudio de Rusconi (1969: 247-348), las etapas del pensamiento de Marcuse pueden dividirse de la siguiente forma:

1. Formación teórica (1928-1933)
2. Crítica de la cultura y la sociedad existentes (1933-1938)
3. De la teoría marxista a la ideología soviética (1938-1958)
4. Desublimación represiva y racionalidad tecnológica (1958-1964)
5. Alternativa al orden existente (1964-1979)

1. La etapa de la formación teórica de Marcuse inicia con sus estudios filosóficos bajo la influencia de Husserl y Heidegger, base que le sirve para su aportación a la Teoría Crítica de la sociedad. Mientras está en Friburgo su pensamiento y su lenguaje se enfocan a la filosofía. Posteriormente rompe con sus antiguos maestros, asimila a Hegel y se compromete con el marxismo sin ninguna afiliación partidaria. A partir de su primer escrito serio, *Aportaciones a la fenomenología del materialismo histórico*, inicia una crítica al marxismo soviético y a la ideologización del marxismo, que desarrolla en los años subsiguientes.

Desde este momento, Marcuse se manifiesta como uno de los jóvenes de izquierda más inquietos, que busca no una conciliación con la nefasta realidad del sistema existente sino la acción

revolucionaria como el instrumento intelectual más válido para la transformación.

En esta etapa de formación teórica comienza a dar muestras claras de no adhesión al pensamiento soviético, por lo que se suma a la lista de los exponentes del marxismo crítico. Al interior de la fenomenología marcusiana se muestra la preocupación de cómo adecuarse a la verdad, más que encontrar qué es la verdad o cómo se origina.

Para 1930 deja a un lado la fenomenología y adopta el estudio de la dialéctica, la cual:

...no es método o forma de conocimiento basado en la teoría filosófica... sino un signo del modo de ser del ente... Sólo en la medida en que un modo de ser es dialéctico será también dialéctico el conocimiento de éste... La dialéctica, por consiguiente, no es nunca una tensión o contraposición entre el yo y el mundo que está ante él, o entre el yo y los valores (Rusconi, 1969: 262).

Para Marcuse la dialéctica no se queda como una mera herramienta del conocimiento, sino que también se aplica a la praxis. A partir de 1931 el lenguaje hegeliano forma parte del marcusiano.

Otro elemento que parte de su formación teórica es su amplio estudio de Marx como filósofo, es decir, el de los *Manuscritos económico filosóficos* y el hegeliano de izquierda. Plantea que para entender al marxismo se deberá comprender la totalidad de sus componentes

(económico, político, social, filosófico, etcétera), y propone además una idea crítica y heterodoxa del marxismo en su carácter instrumentalista y mecanicista al afirmar que el marxismo debía abandonar su creencia tradicional de que la superestructura era un reflejo de la subestructura económica y social (Jay, 1974: 131).

Para 1932 se hace evidente la ruptura definitiva con sus maestros al adoptar abiertamente la filosofía hegeliana, particularmente el concepto de razón, según el cual ésta debe gobernar la realidad.

2. El periodo de la crítica de la cultura y de la sociedad existente se da entre 1933 y 1938. Su interés se centra en criticar a la sociedad, porque considera que la vinculación social es parte integrante de la existencia humana. Las premisas para esta concepción provienen tanto de Hegel como de Marx, quienes entienden al trabajo como el elemento que permite que el hombre se realice. Tal idea se basa en la división y la alienación del trabajo en la sociedad capitalista moderna.

Otro de los pilares de la teoría marcuseana es la búsqueda de la felicidad (eudemonismo), cuya falta en la sociedad actual se debe a una carga de irracionalidad. Alcanzar la felicidad, según Marcuse, es llegar a la verdadera cultura.

En este periodo pone énfasis en la necesidad de delimitar lo que es la Teoría Crítica, como una forma de aprehender, captar y explicar la realidad. Para

Marcuse, la Teoría Crítica no es considerada ni como una ciencia ni como una filosofía (Jay, 1974: 138). Su esfuerzo es ampliamente imaginativo y a veces utópico, es decir, la fantasía es considerada como el elemento que dará acceso a un futuro diferente. Tal idea es avalada por Horkheimer y Adorno.

3. El paso de la teoría marxista a la ideología soviética se da en el marco de una dura crítica a esta última. Aquí, Marcuse retoma el concepto de trabajo y sostiene que acabar con el carácter alienado del trabajo es una de las mayores aspiraciones de la obra del Marx joven. El concepto de trabajo cobra importancia, afirma Marcuse, porque el paso al socialismo sólo se dará con el cambio en las formas de trabajo.

Hablando del marxismo soviético, Marcuse afirma que es una verdadera distorsión de la auténtica teoría. Además, es importante destacar que plantea que la esencia de los bloques capitalista y socialista es la misma, aun cuando sus formas varían: la sociedad soviética busca un alto grado de industrialización, y continúa con el trabajo alienado, aunque hace creer a la población que la creciente productividad del trabajo traerá como consecuencia una existencia más feliz. Para Marcuse, tanto en el Este como en el Oeste se presenta la irracionalidad del trabajo.

Es por tal motivo que Rusconi afirma que el sistema soviético, tal y como se desprende del análisis sociopolítico de Marcuse, resulta un modelo de sociedad

industrializada y tecnológica con características semejantes a la occidental. Dos son los objetivos del socialismo soviético: la consecución de un grado máximo de industrialización y el paso al comunismo propiamente dicho, es decir, a la distribución del producto social según las necesidades individuales.

El marxismo soviético transforma el medio en fin: es decir, ve a la industrialización como un fin, cuando debería ser el medio para llegar al comunismo (Rusconi, 1969: 322-323). De acuerdo con Marcuse, el paso al comunismo, o bien a la democracia socialista, no es un hecho automático. Aunque se cumplirán las condiciones previas de consecución de un elevadísimo nivel tecnológico industrial, este paso dependería de una autónoma y libre decisión de los hombres (Rusconi, 1969: 324).

4. En el pensamiento de Marcuse, en este periodo caracterizado por la desublimación represiva y la racionalidad tecnológica se nota una gran influencia de Fromm y de Freud. Durante este periodo escribe uno de sus principales libros, *Eros y civilización*, publicado en 1953. En esta obra, considera a la civilización como una forma de presión y dominación. Considera la historia del hombre como la historia de su represión, que se inicia desde el seno de la familia. Trata también el aspecto de la *manipulación* y afirma que ésta juega un papel sumamente importante, a fin de que el hombre evite el desgaste de sus fuerzas en la destrucción de la sociedad

burguesa. Además, Marcuse plantea que la *dominación* se ejerce de manera anónima, tema que Habermas desarrolla posteriormente en su libro *Historia y crítica de la opinión pública*.

5. En este periodo Marcuse pone el acento en lo político, dejando a un lado el plano meramente filosófico que venía trabajando en los anteriores cuatro periodos, a consecuencia, entre otras cosas, de la realidad mundial que vive: las luchas raciales, la guerra de Vietnam, la rebelión juvenil y los movimientos estudiantiles. Concibe que ante un mundo irracional, en el que se ejerce la dominación y la manipulación, las minorías responden con la violencia en busca de su liberación. A este periodo corresponde el último libro de Marcuse, *Contrarrevolución y revuelta*, que escribe en un momento de aparente derrota del movimiento estudiantil.

En una entrevista (Varios autores, 1973: 8-17 y 60-67), declaró que la generalización de la rebelión juvenil y su organización en movimientos contestatarios de diversa índole se ha considerado como una de las manifestaciones de la crisis latente en las sociedades industriales.

Con respecto a de los movimientos estudiantiles del Tercer Mundo, Marcuse afirma que los estudiantes de estos países son quizá los más radicales, debido al futuro incierto y a la presión externa a la que están sometidos dichos países.

Algo importante en Marcuse es su señalamiento de que la clase obrera no

es la única depositaria histórica de los valores revolucionarios, al afirmar que:

Yo diría que el fermento revolucionario se encuentra diseminado en amplios sectores de la escala social, y no sólo entre las clases trabajadoras, especialmente en Estados Unidos. El impulso hacia un cambio radical se halla también, desde luego, entre las clases trabajadoras, principalmente entre los jóvenes trabajadores de raza negra, pero en su conjunto, y en Estados Unidos, las clases trabajadoras no son hoy, en verdad, una clase revolucionaria. Actualmente ya no es posible aislar una clase social y decir que en ella, sólo en ella, se encuentran los factores y los individuos que se orientan hacia la revolución. El potencial revolucionario es mucho más amplio y mucho más profundo (Varios autores, 1973: 39).

Para Marcuse los estudiantes son parte de la vanguardia histórica portadora del cambio social, pero admite que a pesar de todo la revolución no puede materializarse sin la participación de las clases trabajadoras, puesto que son el único sujeto social capaz de detener el proceso de producción y reproducción.

A principios de los años setenta, Marcuse considera que el movimiento estudiantil se encuentra en un periodo de reordenación y revisión de sí mismo. Confía en que se pueda agrupar lo que él llama la nueva izquierda, y que debe dirigir el movimiento revolucionario radical.

La nueva izquierda abarca más allá de la clase trabajadora, ya que incluye amplios estratos de la población dependiente. Son masas no necesariamente empleadas en el proceso material de producción, pero que están muy politizadas. La nueva izquierda se vincula con las nuevas posibilidades de libertad, con un nuevo potencial de cambio y de transformación social del sistema de necesidades dominante y de sus posibilidades de satisfacción. Es una revolución cultural en la que, además de las exigencias políticas y económicas, se plantean también otros deseos y esperanzas como el interés en una nueva moral, en un medio ambiente digno del hombre (Marcuse, 1983: 50 y 55-58).

Para Marcuse, la más radical de todas las revoluciones y la primera en la historia con un carácter mundial está todavía por hacerse. El socialismo deberá ampliar su producción material para abolir totalmente la pobreza, haciendo no sólo un cambio en la estructura económica sino sobre todo una reestructuración psicológica, estética y cultural de la nueva sociedad.

El afianzamiento de la forma de vida y la ideología del capitalismo, sostiene Marcuse, se ha dado entre los obreros, contrariamente a lo que podía esperarse. Es por ello que afirma que:

...el más alto grado de desarrollo capitalista corresponde, en los países avanzados, al más bajo nivel de potencial revolucionario... La dinámica interior del capitalismo modifica, con los cambios

en su estructura, el esquema de la revolución y exige el resurgimiento de las metas radicales del socialismo y no de los objetivos mínimos (Marcuse, 1975: 15).

La nueva izquierda, por tanto, deberá buscar el cambio revolucionario con una nueva relación con el trabajo, la modificación del orden existente, la restauración de la naturaleza, la emancipación de las minorías, la emancipación de la mujer y la liberación sexual (entendida ésta no como promiscuidad sino como el cabal entendimiento de la sexualidad de los individuos, sin prejuicios de ninguna clase). El cambio no implica un regreso a un estado pretecnológico, pues esto iría en contra del devenir histórico. El cambio debe buscar la total realización de la naturaleza humana, y de ahí el logro de su felicidad.

EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL

El momento histórico que vive Marcuse durante la elaboración de *El hombre unidimensional* se caracteriza por la expansión del socialismo real por el mundo, tanto en lo territorial como en lo ideológico, hecho por el cual se da la llamada guerra fría. Después de la Segunda Guerra Mundial hay una creciente tecnificación e industrialización nada comparable con la de las etapas anteriores, sobre todo en materia armamentista. Se desarrollan, por lo tanto, la industria bélica a gran escala y la carrera armamentista.

El autor parte de la premisa fundamental de que en las sociedades industriales avanzadas el progreso de la ciencia y la técnica se ha convertido en un nuevo modo de dominación, en un sistema de control social que ha eliminado en la clase obrera la opción de cambio radical hacia una nueva sociedad.

En *El hombre unidimensional* Marcuse plantea dos hipótesis contradictorias:

1) Que la sociedad industrial avanzada es capaz de contener la posibilidad de un cambio cualitativo para el futuro previsible y 2) que existen fuerzas y tendencias que pueden romper esta contención y hacer estallar la sociedad.

Yo no creo que pueda darse una respuesta clara. Las dos tendencias están ahí, una al lado de la otra, e incluso una en la otra. La primera domina, y todas las precondiciones que puedan existir para una reversión están siendo empleadas para evitarla. Quizá un accidente pueda alterar la situación, pero a no ser que el reconocimiento de lo que se está haciendo y lo que se está evitando subvierta la conciencia y la conducta del hombre, ni siquiera una catástrofe provocará el cambio (Marcuse, 1985: 25).

Este estudio está centrado en el análisis de la sociedad industrial avanzada, en la que el aparato productivo tiende a ser totalitario en el grado en que determinan no sólo las ocupaciones, aptitudes y actitudes socialmente necesarias, sino también las necesidades y aspiraciones individuales, borrando la



diferencia entre las necesidades vitales y las necesidades creadas.

Un aspecto importante que desarrolla Marcuse en su libro es el referente a que la tendencia totalitaria de los controles del aparato productivo se extiende a las zonas del mundo menos desarro-

lladas e incluso preindustrializadas, creando similitudes en el desarrollo del capitalismo y el socialismo. Según Marcuse, hay amplias zonas dentro y fuera de las sociedades industrializadas en las que las tendencias descritas no prevalecen o, mejor dicho, no prevalecen

todavía. Lo que hace el autor es simplemente proyectar estas tendencias y ofrecer algunas hipótesis.

Al inicio del texto, Marcuse afirma que en la civilización industrial avanzada existe falta de libertad, la cual se va debilitando en las etapas más altas de esta sociedad. La libertad de pensamiento, de palabra y de conciencia eran esencialmente ideas críticas, destinadas a reemplazar una cultura material e intelectual anticuada por otra más productiva y racional, pero con el auge de la industrialización se anulan estas premisas.

Esto se manifiesta en el hecho de que una sociedad que parece cada día más capaz de satisfacer las necesidades de los individuos, por la forma en que está organizada, los priva de independencia de pensamiento, de autonomía y de derecho de oposición política, así como de la creatividad de la imaginación y de la posibilidad real de las alternativas. Aquí Marcuse detecta una irracionalidad, ya que lo que en realidad debería suceder, es que el proceso tecnológico hiciera más libre al hombre, ya que esta mecanización y normalización podría dirigir la energía individual hacia la libertad más allá de la necesidad. Con la utilización racional de la tecnología el individuo se liberaría de las necesidades y posibilidades extrañas que le impone el mundo del trabajo y le quedaría más tiempo para recrear las ciencias y las artes. El individuo tendría así libertad para ejercer la autonomía sobre una vida que sería la suya propia.

En la realidad, sin embargo, la forma de trabajo priva de libertad al hombre. Es por esta razón que la sociedad industrial contemporánea tiende a ser totalitaria desde el punto de vista técnico-económico, ya que opera a través de la manipulación de las necesidades. No sólo una forma específica de gobierno hace posible el totalitarismo, sino también un sistema específico de producción y distribución que crea necesidades superfluas.

En la sociedad industrial avanzada el hombre sigue al servicio de la máquina y no la máquina al servicio del hombre; la máquina viene a ser el instrumento más efectivo en cualquier sociedad cuya organización básica sea el proceso mecanizado. La sociedad industrial avanzada ha modificado también las necesidades del hombre. Estas son necesidades históricas porque varían en el tiempo. Se puede distinguir entre necesidades verdaderas y falsas. Estas últimas son necesidades impuestas por la sociedad (como las formas de diversión y comportamiento bajo ciertas normas) y, en los modelos de consumo, su satisfacción se manifiesta como una falsa felicidad. Las únicas necesidades que pueden inequívocamente reclamar satisfacción son las vitales, las verdaderas: alimento, vestido, educación, habitación, etcétera.

Solamente el individuo libre es quien puede responder y decidir sobre sus necesidades; mientras siga siendo manipulado, se le mantenga en la incapacidad de ser autónomo y sea adoctrinado,

difícilmente podrá distinguir cuáles son sus necesidades libres y verdaderas. Toda libertad en el pensar, hacer y decidir depende de la toma de conciencia, pero el surgimiento de esta conciencia se ve estorbado siempre por el predominio de necesidades y satisfacciones falsas. El objetivo óptimo es la sustitución de estas necesidades falsas por las verdaderas.

La sociedad industrial avanzada intenta aplacar y sofocar aquellas necesidades que requieren ser liberadas. En las sociedades modernas el control social exige la abrumadora necesidad de producir y consumir hasta el despilfarro, la necesidad de mantener libertades engañosas tales como la libre competencia, la libertad de elegir lo que se quiere consumir y de satisfacer las necesidades falsas o creadas, etcétera. En estas sociedades, la libertad se manifiesta únicamente como la libertad de lo que se va a elegir o lo que se va a consumir, sin haber libertad de pensamientos ni de alternativas. Es aquí donde Marcuse habla de cómo la sociedad industrial convierte lo superfluo en necesidad, apuntando además otros aspectos muy importantes:

De nuevo nos encontramos ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construc-

ción, al grado en que esta civilización transforma al mundo objeto en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace cuestionable hasta la noción misma de alienación. La gente se reconoce en sus mercancías, encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. El mecanismo que une al individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido (Marcuse, 1985: 39).

A través de los objetos que la sociedad produce para el consumo se da la identificación de los individuos con su sociedad. A diferencia de lo que Marx sostenía en cuanto a la alienación del trabajo, Marcuse opina que los hombres en la sociedad industrial avanzada se encuentran a sí mismos en las cosas que dan forma a sus vidas y aceptan las leyes de la sociedad.

Una vez que el hombre ha logrado identificarse con la sociedad, ésta obstruye toda una serie de operaciones y conductas de oposición que frenan el progreso y la convierten en una sociedad estática. Se deterioran la condición humana y la forma en que se realiza el trabajo. A pesar del pesimismo, Marcuse plantea que sí puede haber algunas alternativas de cambio, el cual no será solamente económico y político sino cualitativo, es decir, un cambio en las cualidades y características de la base técnica industrial sobre la que reposa la sociedad. Estos cambios irán en la búsqueda de la *razón* y la libertad. El autor

no está contra la industrialización en sí, sino contra toda manifestación de la irracionalidad del proceso de producción.

La manipulación ideológica es considerada como un enemigo externo; los antiguos conflictos de la sociedad son modificados y juzgados bajo el impacto de la búsqueda del progreso técnico y se manifiestan en forma de lucha contra el comunismo internacional. Con base en estos dos factores, las luchas de clases se atenúan ante la amenaza exterior. Movilizada contra esa amenaza, la sociedad capitalista muestra una unión y una cohesión interna impresionantes y actúa como un poderoso estímulo de la producción y el empleo, manteniendo así el alto nivel de vida, con lo cual se frena el cambio social.

Los cambios respecto a la transformación de las clases trabajadoras en la sociedad industrial avanzada se puedan resumir en cuatro aspectos:

1. La mecanización reduce cada vez más la intensidad de energía física gastada por el obrero.
2. Aumenta el número de trabajadores de cuello blanco (empleados) y disminuye el de trabajadores de cuello azul (obreros).
3. Los cambios en el proceso y en los instrumentos de trabajo modifican la conciencia del trabajador.
4. El trabajo tecnológico debilita la posición de los trabajadores.

En el primer punto se puede ver que la mecanización está reduciendo cada

vez más la cantidad e intensidad de energía física gastada en el trabajo (plusvalía absoluta). Con la mecanización el trabajo se automatiza, pero aumentan el ritmo de trabajo y el control de los operadores sobre las máquinas, de ahí que Marcuse deduzca que la tecnología ha sustituido a la fatiga muscular y al cansancio producido por el trabajo físico por la tensión y el esfuerzo mental, y pone el énfasis en la explotación relativa de la fuerza de trabajo, que no difiere mucho de la presión que se ejerce sobre la mecanógrafa o el empleado de banco.

El segundo aspecto denota que en los establecimientos industriales de mucha importancia la proporción del trabajo manual declina en relación con el trabajo de cuello blanco, pues aumenta el número de trabajadores separados de la producción, lo que se expresa por el cambio en la composición del capital constante. La productividad es determinada por la máquina y no por el hombre.

El tercer punto señala que los cambios en el carácter del trabajo y los instrumentos de producción modifican la actitud y la conciencia del trabajador porque se da una amplia integración de la clase trabajadora con la sociedad capitalista, ya que esta sociedad ofrece al trabajador la posibilidad de su progreso económico y material.

El cuarto aspecto se refiere a que el proceso de mayor tecnificación debilita la posición revolucionaria de los trabajadores, ya que aumenta su manipu-

lación, porque la aparente libertad del hombre se perpetúa e intensifica bajo la forma de muchas libertades y comodidades, con lo que se frena la posibilidad del cambio social revolucionario.

En sus conclusiones, Marcuse expresa que en la sociedad unidimensional se altera la relación entre lo racional y lo irracional, y lo irracional se torna racional. De ahí que comente que el progreso tecnológico ha de ir acompañado de la racionalización progresiva e, incluso, de la realización de lo imaginario: "la imaginación al poder". En la sociedad industrial avanzada el hombre pierde su capacidad de imaginar debido al auge del progreso técnico. Lanza su frase de "la imaginación al poder" porque con la racionalidad de la imaginación se puede llegar a la reconstrucción y a una nueva orientación del aparato productivo hacia una existencia pacífica. La imaginación debe ser entendida como conocimiento e invención de alternativas para desenajenar y buscar alternativas de poder.

La sociedad industrial avanzada sólo podrá ser cambiada cuando aparezca el fin de la dominación, que es la exigencia verdaderamente revolucionaria y lo que daría validez a los logros de la civilización industrial. La lucha que se emprenda por este cambio sobrepasará las formas tradicionales, porque el pueblo, que anteriormente era el fermento del cambio social, se ha convertido en el instrumento de la cohesión social, de la contención del cambio.

Los más interesados en lograr el cambio serían los marginados, los que están fuera de la ley, los que son explotados y los perseguidos por problemas étnicos, los que no pueden ser empleados, todos aquellos a los que Marx denomina lumpenproletariado. Todos ellos, al no estar incorporados al sistema, están fuera del proceso democrático; más importante que la defensa de sus intereses de clase, es la defensa de su vida y la satisfacción de sus necesidades más inmediatas. El hecho de que hayan comenzado a manifestar su descontento puede ser el principio del fin de un periodo.

Marcuse no es explícito en su declaración de quién puede ser el sujeto histórico portador del cambio social, aunque se entreele que pudieran ser los marginados, junto con los intelectuales y los estudiantes, cuando afirma que:

...existe la posibilidad de que, en este periodo, los extremos históricos se encuentren otra vez: la conciencia más avanzada de la humanidad y la fuerza más explotada. No es más que una posibilidad (Marcuse, 1985: 286).

NOTAS

- ¹ Para conocer en detalle la historia de la Escuela de Frankfurt, consúltese el capítulo 1 de Jay, 1974: 25-82.
- ² Sobre la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, puede consultarse Jay, 1974: 83-149.

BIBLIOGRAFÍA

Jay, Martín

- 1974 *La imaginación dialéctica*, Taurus, Madrid.

Marcuse, Herbert

- 1975 *Contrarrevolución y revuelta*, Joaquín Mortiz, México (segunda edición).

- 1983 *Calas en nuestro tiempo*, Icaria, España (segunda edición).

- 1985 *El hombre unidimensional*, Planeta, México.

Parekh, Bhiklu

- 1982 *Pensadores políticos contemporáneos*, Alianza Editorial, Madrid.

Rusconi, Gian Enrico

- 1969 *Teoría Crítica de la sociedad*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona.

Varios autores

- 1973 "Entrevista con Herbert Marcuse", en *La protesta juvenil*, Ediciones Salvat, Barcelona.